

# MIEDOS BURGUESES Y CONSTITUCION

ENTRE el Centro Democrático, con todos sus resortes de poder aplicados abusivamente a fondo, más el marxismo seudodemocrático, más el miedo infundido por uno y otro a la masa neutra, temerosa del fantasma de una eventual guerra civil, sólo evitable, según el Frente Popular Ampliado, mediante la aprobación del proyecto constitucional, el electorado español lo aceptó por mayoría no muy holgada frente a una insólita y masiva abstención, cercana al 40 por ciento del censo, y un número de votos negativos curiosamente parco en los recuentos oficiales. No ha sido un triunfo clamoroso, ni mucho menos, pese a las abrumadoras ventajas del conglomerado promotor.

Sin tanta coerción efectiva de todas clases como la ahora ejercida sobre el voto adverso, fue bastante más lucido, gracias al innegable y sugestivo poder de convocatoria popular del General Franco, el referéndum de 1966, que abrió terminantemente el camino del trono al actual Monarca, últimamente constitucionalizado.

Con todo, la Constitución de 1978 ha sido, en fin de cuentas, ratificada por el sufragio inorgánico. ¿Por qué y cómo? Una vez más ha funcionado el voto popular, como ante un mal menor y necesario, con la aburrida desgana de quien abre un último o penúltimo crédito a un prestatario empedernido y nada seguro, girándole una renovada letra de complacencia, sin serias esperanzas de buen fin —y en ningún caso como gozoso asenso a un ilusionado proyecto de armónica, ordenada y duradera convivencia nacional— de tal manera que, el español medio, políticamente descomprometido y sociológicamente «nostálgico», ha dado su conformidad al texto «consensuado» y preconizado por este matrimonio de conveniencia —más bien «ménage à trois»— ucedista-marxista, mixtura en la que el marxismo actúa como socio industrial y como socio capitalista el partido del Gobierno. En todo caso, ni siquiera este apurado logro se hubiera obtenido de no sonar estrepitosamente, como han sonado, *los clarines del miedo*, maquiavélicamente dirigidos al buen burgués hispano, pacífico y cómodo, por lo general, salvo en contados fastos épicos de nuestra Historia, en que hubo de sacar el alma de su armario.

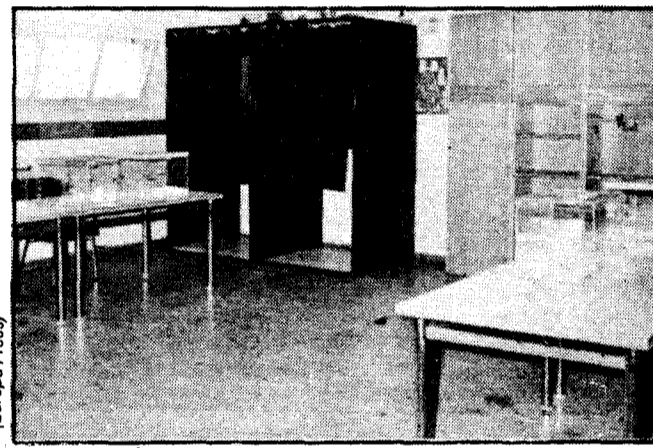
El acontecimiento no ha despertado —ésta es la verdad— ningún repique de gloria. Un análisis sociopolítico de urgencia muestra, de una parte, que no se siente, ni podría sentirse, satisfecho el marxismo, más o menos vergonzante, separatista y disgregador de nuestras tierras y de nuestras gentes, porque *esto no es lo suyo* sino una simple tregua, un paso adelante hacia el colectivismo totalitario y forzoso, a cambio de unas eventuales concesiones atinentes a la forma monárquica de Gobierno, que las «bases» comunista y socialista, y hasta muy posiblemente los mismos adalides rechazan visceralmente. Para el socialismo ibérico —diga lo que diga— la vía democrática no es sino el fácil hueco de acceso al poder, cuando la vía insurreccional para ganarlo al asalto no está a su alcance, ya

que la democracia siempre ha sido para ellos medio y no meta. Su objetivo no ha sido nunca otro que ganar *las últimas* elecciones democráticas. Una vez alcanzado el poder, las demás se hacen ya innecesarias. Del marxismo no se vuelve. Por el momento, sostiene a su aliada UCD como, en expresión bien conocida, la sogá sostiene al ahorcado.

En cuanto al conservadurismo sociológico, cuyo opaco sí ha sido decisivo para la suerte de este referéndum, sus motivaciones muestran una característica dominante tan peculiar como lastimosa. El sí de este delicuescente sector ha sido *el sí del miedo*: pavor insolidario, irracional y egoísta al vacío y al caos bosquejados, en tenaz «lavado de cerebro», por el implacable y exclusivista bombardeo de RTVE y de un amplio abanico periodístico hábilmente orquestado, sin mayores respetos a la democrática *igualdad de oportunidades*. El vulnerable sector en cuestión ama a una Bandera —la de siempre y la de todos, arrebatada a los patriotas por imposición del comunismo, incapaz de encajar la derrota recientemente sufrida en la Plaza de Oriente— pero, a lo peor, en un momento dado, y en busca de sosiego y de condumio tranquilo e inmediato,

ahora, merma de respetabilidad fuera, y anarquía y terrorismo impune dentro. Nunca ha valido menos la vida humana, que el Estado está obligado a proteger eficazmente contra el crimen y que, en la actualidad, resulta segada en cualquier momento por atracadores, malhechores comunes, sicarios y terroristas de diversas sectas, cuya preciosa vida, por contraste, está constitucionalmente garantizada, pase lo que pase. Con lo que no hay, por ahora, *guerra civil*, pero sí, lo que es moralmente peor, unilateral *cacería*, en la que unos disparan a mansalva y los otros —algún magistrado, militares, guardianes del orden público, ciudadanos de todas clases— mueren y, a callar. España es propicio coto de caza del rojo-separatismo.

Todo esto debe España, hasta aquí, al cambio político progenitor de la recién nacida Constitución que, por supuesto —y sus propios promotores lo advierten, en previsión de desencantos— no será inmediata panacea para tamaños males. No obstante, un nutrido bloque burgués —aunque inferior, a todas luces, a lo previsto— ha votado esa Constitución, que no es para ellos precisamente la Constitución de la prudencia, sino algo distinto y más triste: la Constitución del miedo a



vota a banderas bien distintas, como quien suscribe una póliza de seguro. Ese español medio, timorato, ha votado tan sólo seguridad. No es que crea que todo va bien y que, con la Constitución irá todavía mejor. Se conforma con no empeorar más aún. Sabe perfectamente que bajo el signo constitucionalista del *Cambio* todo ha empeorado hasta límites angustiosos: la unidad nacional y la solidaridad social; la moralidad ambiental; la economía en ruina, minada por el cáncer de la trasnochada lucha de clases y de las «huelgas salvajes» a cargo de sindicales al servicio de intereses políticos, con sus secuelas de descapitalización y paro creciente, hasta el punto de que, en este área del desempleo, tanto a escala nacional como regional o de las «nacionalidades», lo único que ha mejorado es el nivel de colocación de los políticos profesionales, en paro forzoso —salvo algunos, como es notorio— durante largos años de democracia orgánica. Vemos,

hipotéticos extremos vaticinados como peores. Referendo social aplicado a desgana, como precario balón de oxígeno, a este equipo vacilante cuya única decisión firme es la de perdurar a toda costa y no ceder los mandos, mientras pueda conservarlos, ni aun a su grupo, marxista, de relevo o alternativa de poder. Quizá abrigue la panglosiana esperanza, este asustadizo votante burgués, de no ser él mismo la próxima víctima del primer atentado, ni su caja fuerte la primera en ser robada, ni su hija la primera en ser violada en plena calle, abandonada, con Constitución o sin ella, a la ley de la selva. Pero hasta este buen burgués, útil por impresionable, sumado hasta ahora como comparsa al concierto constitucionalista, acabará, antes o después, por cegarse de luz y ver cómo cada nación que sepa ganarla y merezca vivirla, tiene su propia amane-

J. P.

